

y agradecimiento por cada uno de estos beneficios.—El tercero, para que entendiésemos en esta primera obra de la creacion, como Dios nuestro Señor guarda este mismo estilo en la obra de nuestra santificacion y perfeccion, comunicándola, no toda junta de una vez, sino por sus partes y grados, primero un grado, despues otro, por todo el discurso de los seis dias, que representan el espacio de nuestra vida; hasta que llega el sábado del descanso eterno, en el cual la obra está ya perfecta, y se goza el premio del trabajo.

—Todo lo cual se irá ponderando por menudo en las meditaciones siguientes.—

MEDITACION XVIII.

DE LAS COSAS QUE DIOS CRIÓ EN EL PRIMER INSTANTE, Ó PRINCIPIO DEL TIEMPO.

—El fin de esta meditacion, y de las que se siguen, es considerar las cosas que hizo Dios en el principio del mundo, y en los seis dias primeros, para movernos con la consideracion de estos soberanos beneficios al amor y servicio del que los hizo, meditando algunas veces en cada día de la semana las obras que hizo aquel día. Pero advierto, que iré declarando la obra que suena la corteza del texto sagrado, dejando para las escuelas de los teólogos la disputa del sentido en que se dice haber sido en aquel día hechas aquellas cosas, ó del todo ó en parte, porque para el intento de estas meditaciones importa poco saber esto.—

PUNTO PRIMERO.—*De la creacion del cielo.*—1. El texto sagrado dice así: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba vana y vacía, y las tinieblas cubrian la sobre haz del abismo, y el espíritu del Señor se movía sobre las aguas* (1).—Lo primero, se ha de considerar como en el principio, esto es, en el principio del tiempo, el Padre eterno, por el principio, que es su Hijo, juntamente con su espíritu, que es el Espíritu Santo, dió principio á todas las cosas, criando de nada el cielo, con toda su grandeza y redondez. Y con ser tan grande le tiene medido á palmos (2), como dice por Isaías: y con ser tan esférico y redondo, no tuvo necesidad de cimbría para hacer y sustentar esta inmensa bóveda, que coge en medio toda la tierra, mostrando en esto su omnipotencia. Pero en particular crió entonces el supremo cielo que llamamos emíreo, que

(1) Genes. 1, 1. — (2) Isai. xi, 12.

quiere decir, resplandeciente como fuego, para que comprendiese dentro de sí toda la máquina del mundo visible, y para que fuese corte y trono de su reino, y perpetua morada de los bienaventurados, así Ángeles como hombres: de donde sacaré grandes afectos de admiracion, alabanza y gozo, por la grandeza de esta obra, y de este lugar tan maravilloso, suplicando á nuestro Señor que me lleve á él, pues le crió para mí. Ó Dios omnipotente, que criaste de nada el supremo de los cielos, y en él asentaste tu especial morada, dando la tierra á los hijos de los hombres (1), para que en ella mereciesen alguna morada de este cielo; concédeme que viva de tal manera en este valle de lágrimas, que llegue á vivir contigo en ese paraíso de deleites. Ó cielo gloriosísimo, alaba y bendice á tu Criador, y tus moradores le glorifiquen por la grandeza y hermosura que te dió, pues son bienaventurados los que para siempre moran en tí, que eres su casa, y por los siglos de los siglos le han de alabar en ella (2).

2. *De la creacion de los Ángeles.*—Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor no crió este cielo vacío de moradores como á la tierra, sino lleno de innumerables Ángeles (3), repartidos en tres jerarquías y nueve coros, y á todos en aquel mismo instante dió todas las perfecciones de naturaleza y gracia que convenia á cada uno, segun la traza de la divina Sabiduría. ¡Oh qué hermoso y admirable quedaria aquel cielo con este ejército de escuadrones celestiales tan bien ordenado y concertado! ¡Oh qué contenta estaria la santísima Trinidad, viendo aquellas tres jerarquías, cada una con tres coros, en que se representaban las excelencias de sus tres divinas Personas! ¡Oh qué contento y alegría tendrian estos nuevos soldados, viéndose unos á otros, y cada uno á sí mismo, adornados con tantas perfecciones! ¡Oh qué júbilo tendrian en aquel primer instante, conociendo al Criador de quien tanto bien habian recibido!

3. Con esta consideracion, provocaré á los Ángeles que perseveraron, para que glorifiquen á Dios ahora con las alabanzas que le dieron al principio, de las cuales se precia nuestro Señor, diciendo á Job: *¿Adónde estabas tú cuando á una me alababan las estrellas de la mañana, y con júbilo me bendecian los hijos de Dios* (4)? Ó Ángeles soberanos, que fuísteis las primicias de las obras de Dios, criados en la primera mañana y alborada del mundo; alabadle y bendecid-

(1) Psalm. cxiii, 16.—(2) Psalm. lxxxiii, 5.—(3) D. Thom. 1 p. q. 61, art. 3 et 4.

(4) Job, xxxviii, 7.

le, porque juntamente fué vuestro Criador y vuestro Padre, dándoos el ser de naturaleza y la adopción de hijos de Dios por su gracia; y pues poco despues, tambien por vuestros merecimientos, os dió el ser eterno de su gloria, glorificadle con grandes júbilos de alegría, por esta nueva merced que os hizo, suplicándole que en vuestra compañía me haga participante de ella. Amen.—En esta consideración puedo discurrir por los coros de Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, convidando á cada coro que alabe á Dios, gozándome del bien que recibió en su creación, y despues en su glorificación, conforme á lo que en otros (*p. I. med. XXXV*) lugares se ha meditado, y adelante se dirá mucho mas.

PUNTO SEGUNDO.— 1. Lo segundo, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, en el mismo instante crió la tierra, poniéndola como centro en medio de la concavidad del cielo, pero de tanta grandeza, anchura y longitud, que ninguno de los mortales la puede conocer y medir con certeza (1), gloriándose Dios de poder esto, como la Escritura lo testifica muchas veces (2). Pero en lo que mas resplandece su omnipotencia, es en tener una cosa de tan inmenso peso, como en vacío, sin arrimo ni sustento alguno corporal; y esto con tanta firmeza, que, como dice el real profeta David: *No se inclinará, ni se meneará á una parte ni á otra para siempre* (3); y con tanta facilidad la sustenta, segun dice Isaías, como quien tiene colgada una cosa muy pequeña de tres dedos, porque su sabiduría, bondad y omnipotencia, la tienen en este lugar firmemente: y por eso dijo Job: que Dios nuestro Señor, *appendit terram super nihilum, fundó el peso de la tierra sobre nada* (4). De donde sacaré cuánto debo fiarme de la omnipotencia de Dios, pues con solo su querer me puede confirmar y eternizar en el bien, sin que me mueva á un lado ni á otro; y aunque la carga del cuerpo sea pesada, la virtud de Dios puede sustentarla, para que no oprima mi alma, y lo hará si yo me fundo en humildad, *super nihilum*, sobre mi nada, arrojándome totalmente sobre las manos del Señor. Ó Dios todopoderoso, que tienes en peso la tierra, sin estribar en cosa alguna fuera de tí, concédeme que conozca mi nada, para que tú solo seas mi firmeza y en tí esté segura mi virtud.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el abismo del agua ó niebla con que Dios cubrió la tierra en el mismo instante que la crió, de modo que no pudiese ser vista, atendiendo en esto al orden natural

(1) Job, xxxviii, 5. — (2) Eccli. i, 2.— (3) Psalm. ciii, 5. — (4) Job, xxvi, 7.

que estos dos elementos piden; y representando por aquí el estado del hombre terreno, el cual está cubierto de miserias y trabajos, figurados por el agua, y tan feo y miserable, que no merece ser visto, hasta que Dios le quite esta cubierta por su infinita misericordia, en la cual confiaré que á su tiempo me libraré, diciendo con el profeta Jonás: *Cercáronme las aguas hasta penetrar mi alma; el abismo me rodeó por todas partes, y el piélago cubrió toda mi cabeza; pero tú, Señor, Dios mio, me sacarás de este peligro, librando mi vida de la muerte y corrupcion* (1).

PUNTO TERCERO.— 1. Lo tercero, se ha de considerar como la tierra en este instante estaba vana y vacía (2), y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo. De suerte, que todo el espacio que habia de la tierra al cielo, ora fuese agua, niebla ó aire, todo estaba en tinieblas y sin luz. En lo cual se ha de ponderar lo primero, la imperfeccion que por entonces tenia la tierra y el agua; porque la tierra estaba como vana, sin tener el fin propio de su creación, y vacía de arboledas y de moradores, y todo estaba en tinieblas por falta de luz. De modo, que si la tierra y agua tuvieran entendimiento y lengua, clamaran á su Criador, para que les diera la perfeccion que les faltaba. En todo lo cual me puedo considerar á mi mismo, hombre terreno y miserable, concebido en pecado por el pecado de Adán; y así en el principio de mi ser estaba vano y vacío, destituido del fin para que fui criado; y vacío de la gracia y virtudes, y todo cubierto con horribles tinieblas de ignorancia y culpa. Y esta misma miseria tengo cada vez que caigo en culpa mortal, y pues tengo entendimiento y lengua, he de clamar á mi Criador, para que me libre de ella y perfeccione la obra de sus manos.

2. Y demás de esto, por muy santo que sea, puedo considerar que de mi cosecha soy como tierra vana y vacía, y como abismo cubierto de tinieblas, y acordándome del tiempo que estuve de esta manera, tengo siempre de clamar á Dios, de quien está pendiente mi perfeccion, para que la conserve, y lleve adelante hasta que alcance su fin. Ó Criador mio, tierra soy, vacía de todo bien, sin fruto de buenas obras, y sin el fin que puedo alcanzar por ellas, y sobre todas mis miserias estoy lleno de tinieblas, sin luz para conocer mis males y el remedio de ellos. Acude, Señor, con tu misericordia para sacarme de esta miseria, y pues me has dado el ser que tengo, dame la perfeccion que me falta, para que tu obra sea perfecta en todos los siglos. Amen.

(1) Jonæ, ii, 6. — (2) D. Thom. 1 p. q. 66, art. 1 ad 2; et q. 68, art. 3.

3. Lo segundo, se ha de ponderar las causas misteriosas de esta diferencia en la creacion de la tierra y cielo empíreo. Una es, porque la tierra significa lo que tiene el hombre por su naturaleza miserable, que es ser vanidad y tinieblas (1), y estar vacío de bienes; pero el cielo empíreo significa lo que tiene por la gracia de Dios, que es ser *igneus*, resplandeciente con la luz divina, y ardiente con el fuego de caridad y lleno de virtudes. Además, el cielo empíreo fué criado para ser perpetua morada de los perfectos que han alcanzado su último fin, y por esto se crió con toda su perfeccion, y lleno de innumerables moradores; mas la tierra crióse para morada de buenos y malos é imperfectos, y no para ser morada perpetua, sino de paso, y para caminar en ella á la última perfeccion y premio que se da en el cielo; y para significar esto, en su creacion fué imperfecta y vacía de moradores, y vana sin su fin. De donde inferiré que yo estoy en medio de tierra y cielo, para que entienda que mi cuidado principal ha de ser mirar siempre lo uno y lo otro, lo que tengo de mi cosecha y lo que tengo por divina gracia; el estado presente que tengo de caminante y peregrino en la tierra, y el estado eterno que espero en el cielo; y considerando mi imperfeccion, procuraré caminar, trazando, como dice David, subidas y crecimientos en este valle de lágrimas, en el lugar donde Dios nuestro Señor me puso, hasta subir al soberano alcázar de Sion, y al lugar que me tiene aparejado en su cielo empíreo (2). Ó Dios eterno, pues tus ojos ven todo lo imperfecto que hay en mí (3), ayúdame para quitarlo, mientras vivo en este lugar donde me has puesto, para que llegue á gozar de tí en el que me tienes aparejado por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO.—1. Lo cuarto, se ha de considerar como el espíritu del Señor *ferebatur super aquas, andaba y se movia sobre las aguas*, ponderando, lo primero, la presencia del espíritu del Señor, que es el Espíritu Santo, para perfeccionar esta obra imperfecta, andando sobre las aguas, aunque llenas de tinieblas, imprimiéndolas virtud y eficacia para las obras y cosas que de ellas se habian de hacer, en razon de adornar y poblar la tierra (4). En lo cual se representa cuán propio es del Espíritu Santo socorrer á los necesitados, aunque estén en tinieblas y sombra de muerte, y llenos de muchas imperfecciones, imprimiéndoles con su inspiracion y mocion interior, virtud y eficacia para volverse á Dios y hacerse capaces de su luz y de sus dones, y para ser instrumentos de las obras grandiosas

(1) Psalm. xxxviii, 6. — (2) Psalm. lxxxiii, 6. — (3) Psalm. cxxxviii, 16.
(4) D. Thom. 1 p. q. 66, art. 1 ad 2; q. 74, art. 3 ad 4.

que ha de obrar en ellos. Tambien se representa, como dice la Iglesia (1), la eficacia y virtud de santificacion que habia de comunicarse á las aguas, para limpiar con ellas á los pecadores, y comunicarles la gracia y plenitud de las virtudes; y así con grande afecto invocaré á este soberano Espíritu, diciéndole: Espíritu divino que andabas sobre las aguas aunque tenebrosas, ven á mi alma llena de tinieblas, imprímela el ímpetu de tu santa inspiracion, con la cual se disponga á recibir tu soberana luz y los dones de tu gracia y caridad. Amen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el misterio que tiene aquella palabra *ferebatur*, andaba y se movia sobre las aguas, para denotar que el espíritu divino, aunque en sí mismo es inmutable, y en el cielo, que es lugar de triunfo y premio, está quieto, dándose á ver y gozar con quietud eterna; pero en esta vida siempre anda en continuo movimiento sobre los hombres viandantes, inspirándoles y moviéndoles á la virtud y perfeccion, ayudándoles á ella con su calor y proteccion hasta que lleven el fruto que desea en ellos, porque su andar y mover no es ocioso, sino de suyo eficaz, no porque él se mueva, sino porque nos hace mover á nosotros, sacudiendo nuestra pereza y ociosidad, y haciéndonos caminar al cielo; y esto hace con sus hijos muy queridos. De los cuales dice san Pablo: *Qui spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei: los que son movidos ó impelidos del espíritu de Dios, estos son sus hijos* (2). Ó Espíritu soberano, anda siempre sobre mí alentándome á seguir tu voluntad, para que donde quiera que fuere el ímpetu de tu espíritu (3), allí camine sin volver atrás de lo comenzado.

3. Tambien tengo de ponderar, como esta palabra *ferebatur*, denota continuacion y asistencia sobre las aguas, lo cual se declara por la comparacion (4) de que los Santos y la Iglesia usan, diciendo, que como la gallina está sobre los huevos vivificándolos con su calor para sacar los pollos; así el Espíritu Santo asistia con su virtud sobre las aguas, para producir de ellas los vivientes, y asiste y preside con su proteccion sobre las almas, para vivificarlas con su gracia, y para que lleven frutos de obras vivas; y nunca se aparta de ellas, si ellas no le echan de sí; y entonces nos sucede lo que á los huevos que desampara la gallina, que se hacen güeros, y no valen para otra cosa que para el muladar. Por tanto, alma mía, mira lo que haces y lo que piensas, porque no se aparte de tí el divino

(1) In bened. fontis baptismalis. — (2) II Rom. viii, 14.
(3) Ezech. i, 12. — (4) D. Basil. hom. 2, in hexaëmer.

Espíritu, en cuya presencia consiste tu vida, y por cuya ausencia te vendrá la muerte; asiste con gran continuacion y cuidado á su servicio, para que él asista con gran perseverancia á tu remedio. Ó Espíritu divino, de tí ha de comenzar mi bien, porque tú presides sobre todo lo que es bueno; no permitas que yo me aparte de tí, para que nunca te apartes de mí. Amen (1).

4. Últimamente, ponderaré los nombres con que la divina Escritura llama aquí al Criador (2); es á saber: Principio, Dios, Espíritu y Señor; es Principio, porque da ser á todas las cosas; es Dios, por la autoridad y potestad con que las gobierna; es Espíritu, porque las perfecciona, y da vida á las que son capaces de ella; y es Señor, porque las crió. Demás de esto, como toda la santísima Trinidad hizo esta obra, el Hijo se significa por el nombre de Principio, porque con su sabiduría dió principio á la traza de todo lo que se crió. El Padre se queda con el nombre de Dios, por la omnipotencia que tiene de sí mismo, sin recibirla de otra persona. El Espíritu Santo se llama Espíritu, por el oficio que hizo de vivificar y perfeccionar las criaturas con su bondad, aunque todos tres lo hicieron todo, y á todos tres conviene el nombre del Señor, por el señorío que tiene sobre las criaturas, por título de la creacion; así entonces como dice santo Tomás (3), tomó Dios el nombre de Señor, y la posesion de su señorío, porque entonces comenzó á tener criaturas, esclavos y criados de quien fuese Señor y á quien pudiese mandar. Por lo cual le daré el parabien de este nuevo nombre con un corazón muy agradecido. Ó Dios eterno, cuyo señorío, cuanto á la potestad, es eterno; gracias te doy, porque te dignaste de criar tantas criaturas, de las cuales fueses legitimo Señor. Gózome de que seas Señor nuestro, Señor de todos los señores, y único Señor de quien todo señorío procede. Y pues eres mi Señor, mira por mí que soy criatura tuya; toma posesion de mí, de modo que como fiel siervo siempre me ocupe en servirte á tí por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL PRIMER DIA.

PUNTO PRIMERO.—*De la luz.*—1. *Dijo Dios: Hágase la luz, y fué hecha la luz; y vió Dios á la luz que era buena, y dividióla de las tinie-*

(1) D. Thom. 1 p. q. 43, art. 6. — (2) Joan. viii, 28. *El Hebreo dice: In principio Dii creavit*, para denotar la trinidad de personas con unidad de esencia y de virtud en obrar. — (3) D. Thom. 1 p. q. 13, art. 7.

blas; y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche (1). Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, viendo las tinieblas en que estaba el mundo, para perfeccionarle hizo ante todas cosas la luz, como quien enciende una hacha en una casa muy oscura, para que pueda entrar gente dentro de ella; ponderando cuán miserable estuviera el mundo sin esta luz corporal, y cuántos bienes trae consigo, porque ella descubre las obras de Dios, y las cosas hermosas y vistosas del mundo. Sin ella no podemos ver ni andar, ni hacer convenientemente las obras corporales. Es causa de grande alegría en todos los vivientes, y con ella se causan grandes influencias y virtudes para su conservacion; por todo lo cual, viendo Dios la luz, dijo que era buena y muy conveniente para el fin del universo, y muy provechosa para todos los vivientes. De donde tomaré motivos para dar gracias á Dios por este beneficio de la luz; y cada día que sale el sol, y de nuevo causa la luz, alabaré al Criador por ella, y porque me dió ojos para verla y gozarla, y por la alegría que con ella recibo, acordándome de lo que dijo el ciego Tobías: *¿Qué gozo puedo tener estando en tinieblas, sin ver la luz del cielo* (2)? Tambien sacaré propósitos de aprovecharme de esta luz, para el fin que Dios la crió, para ver sus obras, y glorificarle por ellas, condoliéndome de los pecadores que aborrecen cosa tan buena para pecar mas á sus anchuras, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor: *El que hace mal, aborrece la luz, porque no se sepan sus obras* (3).

2. *De la luz espiritual.*—De aquí subiré á considerar la excelencia de la luz espiritual, con que Dios perfecciona las almas que viven en tinieblas, y en oscuridad y sombra de muerte; y de sí no tienen otra cosa que tinieblas de ignorancia y culpa; la cual luz comunica Dios con grande gusto, porque gusta de que todos le conozcan, y vean sus gloriosas obras, y con ella vean lo que han de hacer, y cómo le han de servir y han de caminar á la vida eterna (4); y por medio de esta luz les comunica influencias celestiales de gracias y virtudes, y llena sus corazones de alegría. Por lo cual, viendo Dios esta luz, dice que es buena, y con excelencia buena, con todo género de bien honesto, útil y deleitable, porque es muy conveniente para el fin sobrenatural de la gracia, es principio de las virtudes, provechosa para todas las buenas obras, y deleitable en el ejercicio de ellas; y si tantas gracias debo á Dios por la luz corporal, ¿cuánto mayores las he de dar por esta luz espiritual, que

(1) Genes. 1, 3; D. Thom. 1 p. q. 67, art. 4. — (2) Tob. v, 12.

(3) Joan. iii, 20. — (4) Psalm. iv, 7.